

Ensayo publicado en el suplemento político Uno del periódico Unomasuno, el 24 de enero de 1982.

ENTRE EL NACIONALISMO Y EL NEOLIBERALISMO

Para juzgar la justificación y la oportunidad del actual proceso de unificación de la izquierda mexicana se las debe analizar a la luz de las notables transformaciones económicas y políticas en curso hoy en nuestro país.

En forma perceptible, durante los últimos años la actividad política ha evolucionado en dirección de un modelo político de nación desarrollada. Modelo que, por razones históricas, nos acerca más a las socialdemocracias pluripartidistas europeas que al bipartidismo de Estados Unidos. El fracaso de reiterados esfuerzos por calcar el modelo bipartidista estadounidense ha sido, en gran medida, el fracaso del Partido de Acción Nacional. En cambio, el reformismo mexicano ha desarrollado aquí un esquema propio paralelo —aunque no simultáneo— al proceso formativo de las socialdemocracias europeas: un Estado equilibrador y paternal; un tácito pacto de no agresión mutua entre las fuerzas del capital y las fuerzas del trabajo organizadas oficialmente, todo en aras de aumentar las fuerzas productivas de la nación, y una justificación teórica, doctrinaria e ideológica de tal estrategia “revolucionaria”. Es decir: Lázaro Cárdenas, Fidel Velázquez y Vicente Lombardo Toledano, redescubiertos por Luis Echeverría y proyectados internacionalmente por José López Portillo, dando por resultado eso que he llamado la “socialdemocracia” subdesarrollada más vieja del mundo.

Tal proceso de transformación política, con su evolución intrínseca, pero cuya lógica se asienta en la transformación económica y en la posición internacional que ha ido adquiriendo México, se ha acelerado en los últimos años y se expresa visiblemente en la reforma política ya en marcha, con su incipiente actividad parlamentaria, en los agrietamientos internos que sufre el PRI, y en el proceso de unificación de la izquierda. Salta a la vista la interrelación de estos tres fenómenos señalados.

México: potencia económica mediana

Considerando que son los hechos económicos los que más cuentan, y no la buena voluntad, los mejores deseos y la retórica en relación con nuestra pertenencia al Tercer Mundo, la verdad es que México se aleja cada vez más de éste. En el ámbito de las relaciones internacionales a México se le clasifica como uno de los prin-

cipales NIC (sigla en inglés que significa “países recién industrializados”); aunque quizás sería más correcto referirse a la segregación o formación de un Cuarto Mundo —el de las naciones más pobres, endeudadas y sin recursos energéticos— que se está separando de México y de los otros NIC como Argelia, Brasil, Corea del sur, India e Indonesia, principalmente, los cuales forman ya una clase media internacional. La separación se hizo evidente durante y después de la reunión cumbre de Cancún, ya que en ella se marcaron con crudeza las diferencias entre los países pobres (de los cuales Tanzania llevó la voz en Cancún) —verdaderos proletarios internacionales en los cuales ninguna institución de crédito quiere arriesgar dinero en préstamos de dudosa recuperación— y los países que sí son sujetos de crédito para los banqueros internacionales por su notable crecimiento económico, aunque su relativo o precario desarrollo los siga manteniendo en la dependencia y en la subordinación habituales.

Modernización de la economía mexicana

La transformación económica de México, llamada por algunos “modernización de la economía mexicana”, está estrechamente ligada a la transformación global del capitalismo en el mundo, cuya característica fundamental ha sido la formación de gigantescas corporaciones transnacionales como resultado de la incesante concentración de capitales. Dicho de otra manera: las empresas transnacionales constituyen la objetivación de la tendencia actual del capitalismo hacia su plena internacionalización.

Dados el peso y las dimensiones de la economía mexicana, no puede ésta sustraerse a la tendencia histórica global del capitalismo avanzado en el mundo. En este renglón pareciera haber suficientes indicadores para pensar que algunos gobiernos, entre ellos el mexicano, consideran que la internacionalización de las economías no necesariamente tiene que ser obra de las grandes corporaciones transnacionales privadas. Así pues, la gestión económica lópezportillista ha tratado, al parecer, de vigorizar el carácter mixto de la economía mexicana aun en su propio proceso de internacionalización, calculando que tanto PEMEX en el sector público, como la banca propiamente mexicana (privada, oficial y mixta), y grupos como ALFA en la iniciativa privada, tienen tamaños suficientes para entrar por pie propio (mexicano) en los circuitos internacionales, económicos y financieros.

Tal intención se desprende del impulso recibido por la iniciativa privada durante este sexenio —sin que se pudiera por esto acusar a nadie de debilitar deliberadamente el sector público— para llevar su actividad más allá de las fronteras territoriales.

Un ejemplo de lo que pareciera ser estrategia económica en este sentido fue la internacionalización de la banca mexicana apoyada por la administración pública.

Y muy recientemente, otro ejemplo lo brinda el cuantiosísimo préstamo otorgado por el sector público al grupo ALFA de Monterrey, el más importante del sector privado de la economía nacional para salvarlo —es de suponerse— del peligro de que sus empresas cayesen en manos de las grandes corporaciones transnacionales.

Todo esto ciertamente podría tomarse como descripción de un nuevo concepto de “nacionalismo” impuesto por la evolución del capitalismo mexicano y propuesto por algunos economistas y politólogos de la izquierda dentro del régimen; sin hablar todavía de ese otro nacionalismo revolucionario en vías de cuajar como resultado de la transformación en el núcleo mismo de la izquierda marxista.

No faltará quien opine que todo el razonamiento anterior es una falsa entelequia encubridora de una más cruda realidad: la culminación del proceso formativo del capitalismo monopolista de Estado (CME). Sólo que si se quiere influir y actuar en la realidad política cotidiana no bastan esquemas teóricos ni sirven simplificaciones extremas. Tampoco se puede pensar que quienes han dirigido y están dirigiendo la política económica del país sean redomados farsantes conscientemente demagogos: en verdad creen en su propio discurso ideológico: no caben dudas. Así, las cosas no son tan simples como las presenta el lenguaje dogmático. Y definitivamente, la teoría del capitalismo monopolista de Estado no alcanza para explicar la compleja actividad de las gigantescas corporaciones transnacionales, ni cubre un fenómeno aparentemente nuevo que se evidencia cada vez más: lo que he llamado, en trabajos anteriores, “desmetropolización” paulatina o creciente de grandes empresas transnacionales, fenómeno que sí explica, en cambio, los frecuentes conflictos entre éstas y los Estados nacionales respectivos de aquellos países en donde tuvieron lugar.

Corrientes en conflicto dentro del capitalismo nacional

Con diferentes grados de complejidad, y consecuentes con la tendencia transformadora del capitalismo mundial, se generan conflictos serios entre corrientes de punta y conservadoras o atrasadas del capitalismo en cada país. Las primeras, que suelen ser las más poderosas económicamente y, por ende, innovadoras en lo tecnológico, representan sobre todo el capital financiero, determinan la tendencia internacionalizadora o

modernizadora de las economías y suelen identificarse fácilmente con las grandes empresas transnacionales en su afán por derribar toda clase de barreras, propias y ajenas, ya sean fiscales, jurídicas o culturales. Esta tendencia utiliza la doctrina del liberalismo económico para sus fines inmediatos, aunque la modalidad de “los precios de transferencia” en el interior de las grandes corporaciones transnacionales constituya la negación misma de “las leyes del mercado”

Las segundas, formadas básicamente por capitales industriales y comerciales más débiles, luchan por sobrevivir ante la ofensiva de una concentración acelerada que está en la base de la tendencia internacionalizadora, y se defienden apelando al clásico nacionalismo económico traducido en barreras aduanales o arancelarias, subsidios, exenciones fiscales y otras medidas protectoras, legales y prácticas. Con carácter estrictamente teórico, y sin salir del ámbito de la dinámica interna del propio capitalismo, puede afirmarse que estas últimas son las corrientes más retardatarias, tecnológica y políticamente, aunque en la práctica tal afirmación habría que matizarla y adecuarla a cada situación concreta. Lo que quiero subrayar es la necesidad de rascar hasta el fondo para no aceptar fácilmente la engañosa apariencia que toma a veces la realidad. Hoy más que nunca es necesario saber discernir las diferencias entre el nacionalismo burgués, con todos sus matices y variantes adquiridos, y un nacionalismo revolucionario auténtico, todavía no bien definido y aceptado.

Nacionalismo económico versus liberalismo político

El nacionalismo económico es la respuesta defensiva a la agresividad del neoliberalismo económico que se esta imponiendo en el mundo capitalista; Pinochet en Chile y Margaret Thatcher en Inglaterra son criaturas de políticas económicas desprendidas de una misma teoría: el liberalismo, el cual, gracias al perfeccionamiento alcanzado por los monopolios en la actualidad —las empresas transnacionales— ha perdido toda razón de ser desde el punto de vista económico y se ha convertido en mito por excelencia del discurso ideológico de la reacción o derecha política. Cabe sospechar entonces que la aparición —y tendría más sentido hablar de utilización— del nuevo ropaje del viejo liberalismo, adquiere un significado multiplicador más profundo que el de simple herramienta del capitalismo mundial, como se le quiere hacer aparecer.

Lo que si convendría comentar de paso es la aparente paradoja ofrecida por la actual administración en Estados Unidos: mientras que, por una parte, el triunfo de Reagan constituyó la reacción “nacionalista” frente al trilateralismo de Carter, por la otra se hace derivar

del liberalismo una política económica interna desmanteladora del *Welfare State* (Estado de bienestar social) y enemiga de la clase trabajadora. La paradoja se explica observando que el "nacionalismo" de Reagan no es un nacionalismo de fronteras adentro o en beneficio de las fuerzas populares: consiste en el intento de fortalecer, y de identificarse con ellas, a las empresas transnacionales de matriz exclusivamente estadounidense (a diferencia del proyecto trilateral, favorecedor de las transnacionales indiscriminadamente, ya fueren europeas, japonesas o estadounidenses).

En cuanto a la política económica interna, en el reciente escándalo producido por las revelaciones de David Stockman, máxima figura del gabinete económico de la actual administración estadounidense, hubo indicaciones de que los fracasos que va obteniendo dicha política económica de Reagan (*reaganomics*) parecen no haberlo tomado por sorpresa; podría afirmarse que más de uno, además del propio Stockman, parecían esperarlos. En calidad de mera especulación todavía cabe preguntarse: ¿qué perseguía entonces aquella política económica si no desmantelar rápidamente los servicios sociales hasta un punto irreversible, y castrar la capacidad defensiva sindicalista, todo en aras de acelerar la concentración de capitales en esta fase de la evolución capitalista?

Bajo la consigna de restablecer "el libre juego de las fuerzas del mercado" se restringe la injerencia del Estado en la economía, y al minimizarse o perderse la función reguladora de éste se intenta volver a entronizar en el mercado la ley de la selva, con lo cual sobrevivirán sólo los más fuertes o los más desvergonzados. El capitalismo está adquiriendo, así, las características "salvajes" de sus primeros tiempos, o de sus épocas de crisis agudas, al perderse o debilitarse las conquistas sociales, políticas y, en menor medida, económicas, que el reformismo había logrado imponerle.

Esto explica los conflictos en curso hoy entre unos Estados Unidos reaganianos que presionan al mundo entero con su capitalismo agresivo y "salvaje", y los gobiernos de las socialdemocracias europeas que tratan de defender su capitalismo reformista (o "socialismo keynesiano" como lo llama Christine Buci-Glucksmann en su último libro: *Le défi socialdémocrate*, París, 1981) frente a las presiones estadounidenses y a sus propias corrientes internas monetaristas.

Acabamos de presenciar en Cancún cómo las diferencias entre el capitalista "salvaje" Ronald Reagan y el reformista François Mitterrand se reflejan en sus distintas actitudes respectivas frente al Tercer Mundo.

El mismo conflicto en México

El agravado conflicto entre tendencias contrarias en el seno del propio capitalismo se extiende hoy por todo el mundo llamado occidental, con acentos más dramáticos en unos países que en otros. En el nuestro, dicho conflicto sale de vez en cuando de las tinieblas del misterio en donde transcurre el proceso político nacional y se manifiesta como controversia abierta sobre la conveniencia o no de ingresar en el GATT: o se refugia en la enmascarada discusión de si debe ser, o debió haber sido, un político o un tecnócrata el "tapado" del PRI. Digo enmascarado porque bajo tal aparentemente anodina discusión se estaba, y se está, nada menos que agrietando el régimen.

Es lógico: la modernización de la economía planteada en este sexenio para no quedarse a la zaga de la transformación capitalista mundial, riñe con algunas de las vacas sagradas en que se fueron convirtiendo varios postulados de la revolución mexicana, a medida que progresaba el alejamiento de sucesivos gobiernos respecto del auténtico contenido de aquellos postulados, y se entronizaba, en cambio, una repetitiva y demagógica utilización del lenguaje nacionalista y revolucionario para referirse a dichos postulados. Un caso patético de esta mistificación fue la reforma agraria, bandera por excelencia de la revolución de 1910, hasta que cayó vencida, por fin, ante la lógica e inevitable reorganización capitalista de la producción del agro.

La designación del futuro presidente de la República, al inclinar la balanza en favor de quien ha dado pruebas —en los hechos más que en las palabras— de profesar como doctrina económica un neoliberalismo ajustado a la realidad mexicana, agudizó por momentos el conflicto —todo bajo el agua, como de costumbre— entre la vieja "clase" política, marrullera, corrompida y temible por su falta de escrúpulos, y esa capa tecnocrática, desprendida de la misma "clase" política, que busca eficiencia en la administración pública y quiere barrer el régimen de su podredumbre. Eso estaría muy bien, pero, ¿a cuál precio?

Es tiempo de reconocer que como doctrina económica el neoliberalismo ha sido utilizado en la práctica como una superstición antiobrera y antipopular, favorecedora de la acelerada concentración de capitales y del fortalecimiento del sector financiero privado, dentro de cualquiera de los grados y variantes del capitalismo "salvaje". Y no creo suficiente justificación considerar que tal política económica responde a la lógica de la evolución histórica del capitalismo mundial en nuestro momento. Entre nosotros habría que considerar primero la trayectoria política propia del reformismo mexicano a partir del sexenio cardenista, cuya culminación será un "Estado de bienestar social" seme-

jante o paralelo a las socialdemocracias europeas, lo cual, dialécticamente hablando, constituye alternativa igualmente histórica y muchísimo más válida en la fase actual de la evolución capitalista de México.

Lo que se escondió entre nosotros bajo el eufemístico y pintoresco conflicto entre "políticos" y "tecnócratas" es nada menos que el conflicto en curso en todo el mundo capitalista, con las variantes propias de cada país, entre el nacionalismo (tradicional) y el neoliberalismo económico; entre el Estado nacional tradicional y las gigantescas corporaciones transnacionales privadas. La modalidad adoptada por México en este conflicto universal ya se comentó en otra parte del presente trabajo cuando se habló de la intención del gobierno de seguir manteniendo el carácter mixto de la economía aun en su proceso de internacionalización. Pero tema tan importante como éste, aquí apenas esbozado, obliga a mayores observación y análisis, a posibles ajustes entre teoría y práctica y quizás a ulteriores rectificaciones.

Resulta útil y oportuno recordar que el carácter mixto de nuestra economía sólo ha favorecido a la clase económicamente dominante (incluyendo la capa políticamente dirigente) y a las aristocracias obreras. Se subraya esto para ayudar a destruir el mito de la

bondad de una economía mixta en general, sin especificar en favor de quiénes opera.

Tareas democráticas de la izquierda

De lo dicho hasta aquí puede concluirse que no está precisamente en buenas manos ni la defensa de los ideales y principios de la revolución mexicana de 1910, ni la ampliación y profundización de la misma. Y pasamos por momentos de perentoria necesidad de formular definiciones claras y definitivas, y de tomar medidas económicas y políticas consecuentes, frente a la peligrosamente ambigua crisis mundial del capitalismo. Es ésta, pues, una coyuntura que exige a partidos políticos y organizaciones de la izquierda mexicana abandonar sectarismos y subordinaciones extrañas o prejuicios aldeanos, para crear un partido político verdaderamente nuevo que se convierta en real alternativa de poder en México. Un nuevo partido que despliegue banderas nacionales y patrióticas, sin perder por ello solidaridad con movimientos obreros y fuerzas populares de países hermanos, para rescatar así la conducción del movimiento popular revolucionario mexicano de manos de quienes se han autoproclamado sus dirigentes oficiales y no cumplen con el oficio.

Artículo publicado en la Sección Financiera del periódico Excelsior, el 20 de febrero de 1982.

CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE: MINIPLAN MARSHALL

En la terminología utilizada en las relaciones internacionales a México se le clasifica como uno de los NIC (*new industrialized countries*) junto con Argelia, Brasil, Corea del Sur, India e Indonesia, principalmente, todos los cuales forman ya una clase media internacional que se separa notoriamente de los países desesperadamente pobres —verdaderos proletarios internacionales— en los cuales ninguna institución de crédito quiere arriesgar dinero en préstamos de dudosa recuperación. En cambio, México y los otros "países de reciente industrialización" constituyen verdaderos sujetos de crédito para los banqueros internacionales, por su notable crecimiento económico, aunque su relativo o precario desarrollo los siga manteniendo en la dependencia y en la subordinación habituales.

Al igual que algunos de los otros NIC, nuestro país arrastra una peligrosa contradicción entre crecimiento

y desarrollo, lo que agudiza conflictos internos cuya solución sólo se puede encontrar en la búsqueda del equilibrio entre aquéllos. Porque se deben distinguir claramente ambos conceptos. Mientras el concepto de crecimiento involucra fenómenos cuantitativos que tienen que ver con el incremento del PIB (producto interno bruto), el concepto de desarrollo se desprende de cambios cualitativos en la economía y en las relaciones sociales, inducidos por un mejoramiento apreciable en la distribución del ingreso per cápita. Y esto último con lamentable frecuencia tiende a empeorar, y no a mejorar, en las naciones explotadas.

Es importante tener claridad al respecto porque justamente en la deliberada confusión entre ambos términos, crecimiento y desarrollo, descansa uno de los principales pilares de la edificación ideológica imperialista. Hacer creer que países como México o Corea del Sur se han desarrollado porque han crecido económicamente es una de las grandes, si no la mayor, de las falacias del discurso ideológico imperialista. "Propiciar el desarrollo" mediante cuantiosas inversiones —pero impidiendo que cambien las condiciones sociopolíticas internas y sin respetar las estructuras culturales propias de los países beneficiarios— constituye el *slogan* preferido del neocolonialismo. De ma-